

río puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna; por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces; por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestión podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrían saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas, á la altura de la civilización á que el siglo se encuentra; añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza;

el talento un camino ancho á todos para el poder. Y después, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el más envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladrón, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustración, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, según la situación en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decía en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado*.

Bien es verdad que Cervantes en el día con toda su profundidad filosófica acabaría proba-



blemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atención á que, si mal no nos acordamos, decía también en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*; frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FIGARO DADO AL MUNDO

Et resurrexit tertio die.

Pasion según los evangelistas

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razón.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambición es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasión de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémoslos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que ratón.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasión, que es tontería, y si fuera pasión, sería la que más se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demás he oído decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercero día.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita: para no resucitar no vale la pena de morir; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso

que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermón de Pasión, respondió: «Es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer día.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabía también que había de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernación; impalpable, imprendible, inconfiable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; páseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañón y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; después de salido del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los míos: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fe de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego á Su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comúnmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; á ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa

y romántica calificación que á éste donde voy á hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque, ¿qué verdad más triste que un periódico de la oposición?

Según ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposición, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinación: ¡oh padre perspicaz! Peregrinación sin duda á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada día nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinación se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir: pies, ¿para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinación, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán incluso las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansión de la felicidad: así sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecución y de justicia,

mundo de desengaños y de fiscales de imprenta, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignación el sacramento no menos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunión lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprenta, con quienes parece que estamos casados, según lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y sólo nos parecemos á las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada día tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por más que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y, preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant; es decir, ministerio Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.

Después de tomada la venia de la autoridad, sólo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

FELIPE II

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España sólo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilización moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversión se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradición; verdad es que su existencia, más ó menos perfeccionada, en diversos países y en distintos tiempos, parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podían haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilización ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heroicos llenan tres y cuatro días, semanas enteras á veces, con una representación dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva allí constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verle desaparecer completamente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestión de forma de gobierno pasajera, y como efecto de esa rotación periódica á que los sucesos del mundo están sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es más honda la explicación de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilización usada y expirante, que debe desaparecer como las que la han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovación, contra la invasión de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, saca-

do de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya misión es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece también agitado por convulsiones, pero en el cual no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradición, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirir las; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el joven, que el día de hoy muera á los primeros albores del día de mañana, sin más intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la deshecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transición es violenta, y las sacudidas que experimentamos no son otra cosa que su expresión; de ellas participa el teatro, intérprete de una organización social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga al mundo antiguo. Estúdiense un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de M. Véron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Víctor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca más que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilización. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de

Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretensión de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que sólo podría verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no sólo no han dado ningún impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Víctor Hugo y Dumas han querido y creído ser originales, cuando no eran más que unos plagarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el Bautista; hartó hará con ser el Apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira el teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en sus engaños. El público, al levantarse el telón, está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es más bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

He aquí la razón por que la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; he aquí la razón por que no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fe y el entusiasmo que lo suplían todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginación no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oídos, para embotar el pensamiento.

Después de esta meditación ¿qué diremos de *Felipe II*? Que es una astilla más, arrojada en

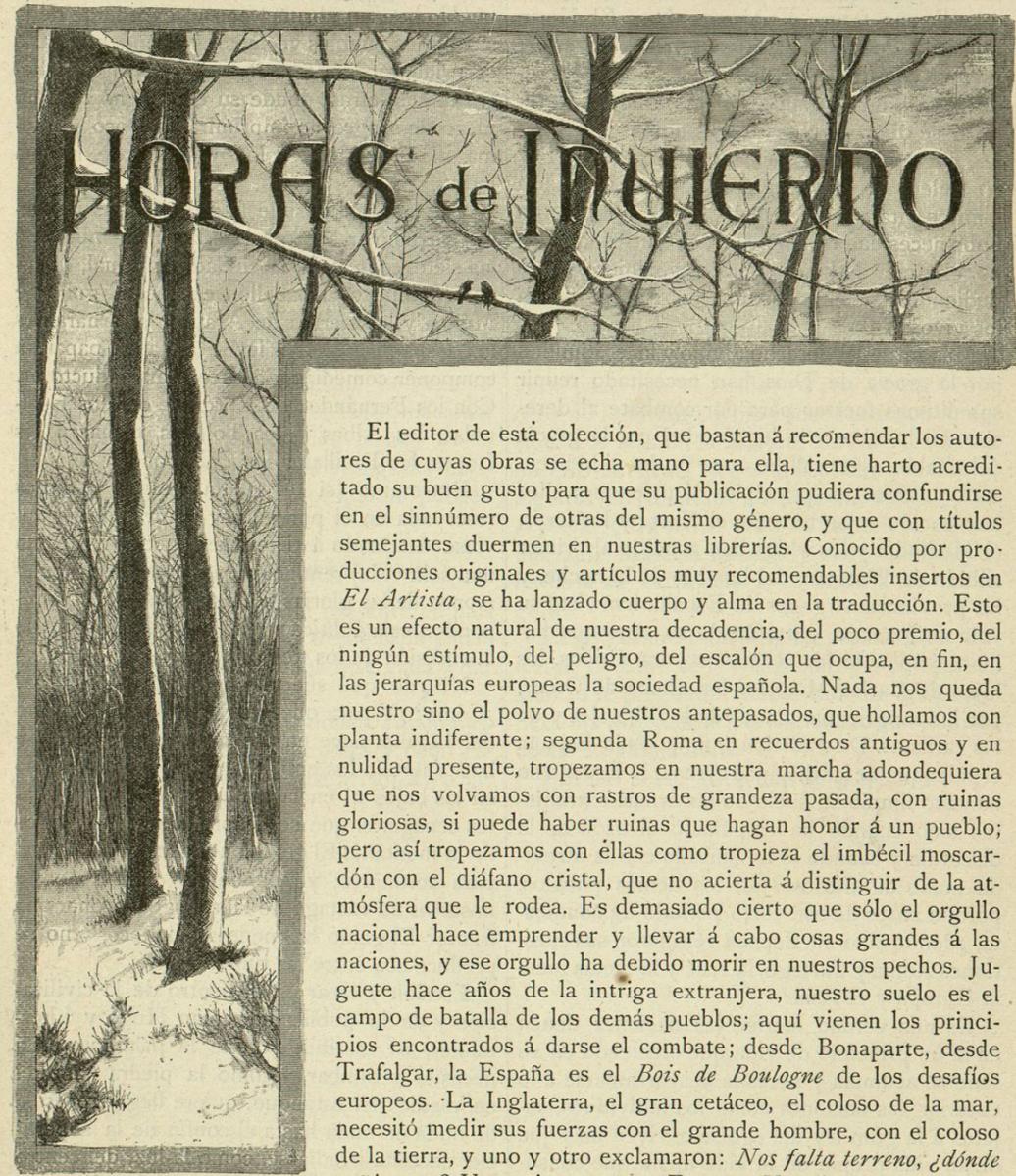
la hoguera que se apaga, y por desgracia no es más que una astilla, no porque le neguemos mérito. *Felipe II* es obra de un joven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representación de *Felipe II* el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una acción sencilla y un argumento fácil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la acción, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creído deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creará tanto más imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasión de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la acción hubiera caminado más desembarazada, y el drama hubiera parecido más lleno de vida.

Los caracteres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido más cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparación hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debía producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpen en manifestaciones exteriores. Para que la confesión del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltación hija de un peligro más inminente que aquel en que se halla el príncipe don Carlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algún tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificación fácil y armoniosa anuncia un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.



El editor de esta colección, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene hartó acreditado su buen gusto para que su publicación pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en *El Artista*, se ha lanzado cuerpo y alma en la traducción. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningún estímulo, del peligro, del escalón que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardón con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que sólo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro exclamaron: *Nos falta terreno; ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestión,

aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que había prestado su casa para la acerba entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperación; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña*.

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo germen le había lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Carlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos levantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aquí